

§ II

EFECTOS DE LA EUCHARISTÍA EN EL ORDEN SOCIAL

11. El orden social es consecuencia del orden moral.—**12.** En qué consiste el espíritu de caridad.—**13.** Sólo existe entre los adoradores del Santísimo Sacramento.—**14.** Espíritu de sacrificio.—**15.** Sacrificio de los bienes de fortuna.—**16.** Sacrificio de nuestras pasiones.—**17.** Sacrificio de la vida.—**18.** Resumen y conclusión.

11. El orden *social*, bien considerado, no es otra cosa que un efecto del orden *moral*. Si cada individuo de la sociedad es moralizado por la influencia eucarística, cual acabamos de indicar, y se mira á sí mismo como tabernáculo de Jesucristo, como cosa sagrada, pura y santa, con la nobleza de los hijos de Dios, no haya miedo que jamás descienda á acciones indignas que le rebajen al nivel de los brutos sin razón, y mucho menos á crímenes y rebeliones que conturben las masas sociales. Si cada individuo recibe, por la comunicación que le hace la sagrada Eucaristía, *la luz* de Dios para conocer lo bueno y obrarlo con prudencia, y además *la fortaleza* para resistir las pasiones turbulentas y cumplir con energía y constancia sus respectivos deberes, es evidente que la sociedad será una verdadera familia de hermanos, dulcificada por los vínculos del amor, y reinará la paz y la estabilidad en todas las esferas del organismo social. Será el cielo en la tierra, por la influencia mágica y poderosa del Santísimo Sacramento; será, por decirlo así, la antesala del cielo.

Las maravillas obradas por el Misterio Eucarístico en el orden de las sociedades son innumerables, siendo de todo punto necesarias para el mantenimiento y concordia de las mismas sociedades las virtudes producidas, alimentadas y fortificadas por el Sacramento del amor. Las principales son dos: *el espíritu de caridad* y *el espíritu de sacrificio*. ¿En qué consiste el primero? ¿Qué exige el segundo?

12. *El espíritu de caridad*, nadie lo ignora, es la muerte del egoísmo; el egoísmo, virus ponzoñoso introducido en el corazón humano por el pecado de origen, y que sólo tiende al *Yo*, al propio interés, á no buscar en las cosas más que la glorificación propia y la propia conveniencia.

El espíritu de caridad mira en cada criatura humana un ser nobilísimo, hechura de Dios; redimido por Jesucristo, teniendo vida propia en su amante corazón, y como individuo de una misma familia, la familia cristiana.

El espíritu de caridad consiste en no querer para el prójimo lo que no queremos para nosotros mismos; en hacerle todo el bien que deseamos nos hagan á nosotros; en comunicar á cada uno de nuestros semejantes, según sus necesidades y nuestra posibilidad, los bienes que poseemos, ya sean bienes materiales, ya intelectuales ó ya del orden de la gracia.

13. Pues bien: este espíritu celestial sólo puede existir en su plenitud, donde reine y gobierne Jesús sacramentado. No existe en los pueblos paganos, pues en ellos el hombre está explotado por el hombre. No existe en la mayor parte de los pueblos modernos, porque en ellos se ha falsificado la caridad divina, sustituyéndola con la helada filantropía, y de aquí el *pauperismo* horroroso y las rebeliones incesantes de una sociedad mal equilibrada.

El espíritu de caridad sólo es conocido, apreciado, amado y puesto en práctica entre los católicos; es decir, entre los adoradores del Santísimo Sacramento. ¿Quién, después de haber comulgado y recibido en su corazón al que por amor nuestro murió en la cruz, no amará á sus semejantes de parecida manera? ¿Quién, al hacerse como una sola cosa con Jesucristo en la Eucaristía, y viviendo de su propia vida, no participa de su espíritu de caridad, amando á Dios por sí mismo, y al prójimo por Dios? ¿Quién que tenga fe no experimenta en todas sus facultades y sentimientos las divinas influencias de la Eucaristía? ¿Quién no es perfecto ciudadano, cuando es perfecto cristiano?

Allí, en el augusto Sacramento, adora la fe al Dios de nuestros amores en el último grado de la humillación, y también en el último excesor del amor. *Amor humilde*; he aquí lo que nos enseña, inspira y comunica Jesús Sacramentado, y ésta es, indudablemente, la gran palanca para el afianzamiento y sostenimiento del orden social. Jesucristo está *sacrificado* por amor en nuestros altares, y este es el segundo efecto de la Comunión sagrada, á saber:

14. ESPÍRITU DE SACRIFICIO.—Si los hombres nos sacrificáramos los unos por los otros, como nos enseña Jesús en el Tabernáculo, ¿podría imaginarse mayor garantía para la perfección y coronamiento del orden social? *El espíritu de sacrificio* no es más

que una consecuencia y un complemento del *espíritu de caridad*; es la caridad perfecta, llevada á lo sublime; es el amor infinito de Dios, comunicado á nosotros en la sagrada Eucaristía, y ejercitado, según nuestras fuerzas, en favor de nuestros prójimos por amor del mismo Dios; es, en suma, el amor teologal sacrificando por nuestros semejantes *los bienes de fortuna, los afectos del corazón y aun la misma vida*. El amor de Dios y el amor del prójimo por Dios, constituyen un solo y único amor.

15. *El sacrificio de los bienes de fortuna* es preciso en el orden social para que los pobres no se desesperen en su miseria, y para evitar que, faltándoles lo preciso para la vida, se afilien á sectas de perdición, cuyo objetivo es promover sin cesar trastornos sociales. Nadie ignora que la Eucaristía impulsa á la limosna, ya por el ejemplo de Jesucristo, que se nos da á sí mismo, con todo cuanto El es, puede, tiene y vale: ya por la igualdad que establece en la Mesa eucarística y por la unión de espíritu que en ella preside, como diciendo: «Todos sois hijos de Dios, todos sois hermanos, todos participáis del mismo alimento, todos formáis un cuerpo moral, todos sois llamados á la eterna beatitud, y todos debéis ayudaros como miembros de un mismo cuerpo; ya, finalmente, por las palabras de Jesucristo, que nos dice: *Dad al que os pida* (1). *Si queréis ser perfectos, id, vended lo que tenéis, dadlo á los pobres, y tendréis un tesoro en el cielo.* (Matth., XIX, 21.)

Quiere esto decir que el hombre que tiene fe y comulga, no puede menos de ser limosnero, pues desde el Sacramento de amor parece decirle Jesucristo: «Mira lo que hago contigo, para que tú lo hagas con tus semejantes. Vuestra alma ¡oh ricos! no os pertenece: es de Dios. ¿Cómo ha de perteneceros *en absoluto* vuestro dinero? Es preciso que lo repartáis con mano abundante á vuestros hermanos, cuando los veáis en necesidad. No digáis: «Gasto mis bienes», pues en realidad no son vuestros *en absoluto*; no podéis malgastarlos en cosas superfluas, y menos en vicios, cuando insta la necesidad urgente de los pobres. La riqueza y la pobreza son dos cosas opuestas, pero ambas necesarias. Ni el rico ni el pobre padecerían necesidades si se auxiliasen mutuamente. El rico existe para el pobre, y el pobre para el rico. El deber del pobre es pedir, ser humilde, resignarse; el deber del rico es hacer limosna con dulzura y con amor. Dios está entre ambos para recompensarles. Esto, y no otra cosa, enseña la sagrada Eucaristía.

(1) Qui petit a te, da ei. (Matth., V, 42.)

16. Y nadie se imagine que esto es mucho, porque el orden social exige más; exige *el sacrificio de nuestras más caras afecciones*. Exige desprenderse del corazón en favor de la sociedad, desprenderse del amor desordenado de sí mismo, que es el germen del odio.

¿Qué cosa hay más eficaz para aniquilar el aborrecimiento y la venganza, que la sagrada Eucaristía?

Ella nos obliga á perdonar á nuestros enemigos, antes de aproximarnos á la sagrada Mesa, y aun estando en ella quiere que nos retiremos y que volvamos luego, cuando ya nos hayamos reconciliado con nuestros hermanos.

Ella nos obliga á todos á asistir al banquete eucarístico, y allí mismo exige por condición indispensable que hemos de perdonar generosamente á todos los que nos hubiesen hecho injuria ó causado algún pesar. Recibir la sagrada Comunión y no perdonar antes á quien nos haya ofendido, es sacrilegio horrible.

17. Por último, el orden social exige *el sacrificio de la vida* cuando interviene la gloria de Dios, la salvación de los prójimos ó la prosperidad de la patria; y nadie desconoce que la Eucaristía, principio de vida inmortal, hace mirar como ganancia la muerte por Jesucristo ó por cualquiera de las virtudes cristianas. ¿Quién ha hecho más mártires en los hospitales, en las guerras y en las pestes, que la influencia maravillosa de la divina Eucaristía? Los cristianos, cuando se alimentan del manso Cordero, se tornan fieros como leones para defender la gloria de Dios, el reinado de Jesucristo y el buen orden moral, intelectual y social de los pueblos.

18. He aquí cómo en la Eucaristía y por la Eucaristía se perfeccionan las sociedades; pues aparte de las gracias sobrenaturales y energías divinas que comunica, enseña en toda su plenitud la caridad más acendrada para con Dios y para con el prójimo, haciendo á nuestros semejantes objeto de nuestro amor, de nuestra misericordia, de nuestras oraciones, desvelos y cuidados. Por la Eucaristía se ejercitan además la humildad, la obediencia, la justicia, la pureza y todas las virtudes morales que son el sostén de los pueblos, así como también se destierran todos los vicios que tanto denigran á los hombres y que agitan á las muchedumbres arrastrándolas á poner todo el universo en conflagración espantosa.

Parécenos quedar suficientemente mostrado que la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía es el fundamento del verdadero progreso en los individuos y en las sociedades, tanto en el orden moral é intelectual, como en las manufacturas é intereses ma-

teriales de las naciones, pudiendo en verdad afirmarse que el grado de perfección intelectual, moral y social de los pueblos es mayor ó menor según que los hombres participen más ó menos del Pan eucarístico. Si las sociedades, pues, quieren caminar á la cúspide del verdadero progreso, encontrarán la base en la sagrada Eucaristía; así como el apartamiento de este divinísimo y augustísimo Sacramento en la causa principal de todas las aberraciones y trastornos de las sociedades contemporáneas.

Y porque nadie nos tache de exagerados en cuanto dejamos dicho, no pondremos fin á este capítulo sin recordar que Cristo nuestro Señor es el *Cordero de Dios* inmolado en la cruz por todos los hombres, y que cuando nosotros los cristianos nos acercamos á la sagrada mesa eucarística, nos alimentamos real y verdaderamente del mismo *Cordero divino*, fuente inexhausta de méritos y de gracias, que nos son aplicadas á cada uno, según nuestras mayores ó menores disposiciones, para sublimarnos y hacernos felices cuanto es posible á humanas criaturas en tiempo y eternidad. ¡Bendito y alabado sea una y mil veces el Santísimo y divinísimo Sacramento del Altar!

LA EUCARISTIA COMO SACRIFICIO

CAPÍTULO XXIII

Necesidad y naturaleza del Sacrificio Eucarístico.

1. El Corazón de Jesús sacramentado atrae á sí todas las cosas.—2. ¿De qué manera?

REFIERÉSE en el santo Evangelio, según San Juan, que nuestro Señor Jesucristo, queriendo mostrar á los judíos de qué manera había de morir, les dijo: *Si yo fuere alzado de la tierra todo lo atraeré á mí mismo* (Joann., XII, 32). Ellos, entendiendo que hablaba de su muerte en la cruz, le respondieron: «Nosotros sabemos por las Escrituras (Daniel, VII, 14) que Cristo permanece siempre, y que ha de vivir y reinar eternamente: ¿cómo puede ser que el Hijo del Hombre sea elevado en la cruz y muerto en ella?» ¡Oh! Aquellas pobres gentes no podían comprender cómo Jesucristo, después de morir crucificado, había de vivir y reinar, y permanecer para siempre en la Eucaristía, atrayendo á sí todas las cosas del universo.

Hay—dijo San Agustín (*De civit.*, libro XXI, cap. IV)—en los confines de la India oriental algunas rocas con tal fuerza magnética, que atraen á las naves si en ellas hay mucho hierro: sea de esto lo que fuere, es lo cierto que en el orden sobrenatural nosotros tenemos en el CORAZÓN SACRATÍSIMO DE JESÚS SACRAMENTADO un poderoso imán que por modo invisible atrae á sí todas las cosas existentes. *Atrajo las miradas del Eterno Padre*, quien por atención al santísimo Sacrificio ofrecido en la cruz y renovado sin cesar en nuestros altares, perdona á los hombres y les devuelve su amistad, prometiéndoles el reino de los cielos. *Atrajo á los ángeles buenos*, cuyo regocijo es grande en torno del altar, considerando que el divino Corazón, humillado en la Santa Eucaristía, reparó con creces